

DOMINGO 17 DE SEPTIEMBRE DE 2006

(PROPIO 19)

COLECTA:

Oh Dios, puesto que sin ti no podemos complacerte: Concede, por tu misericordia, que tu Espíritu Santo dirija y gobierne nuestros corazones; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

LECTURAS:

PRIMERA LECTURA ISAÍAS 50:4-9

SALMO 116:1-8 (L.O.C. Pág. 650)

EPÍSTOLA SANTIAGO 2:1-18

EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 8:27-38

Los materiales para este domingo están tomados de

www.elalmendro.org/epsilon/portada.htm y www.servicioskoinonia.org/

COMENTARIO 1

EL HIJO DEL HOMBRE

Así se identifica Jesús a sí mismo: el Hijo del Hombre, el Hombre. Como todos los hijos de hombre, para todos los hijos de hombre. A muchos les parece poco. Pero fue Dios el que quiso que su hijo, el hijo de Dios, fuera un hijo de hombre: para que todos los hombres pudieran llegar a ser hijos de Dios.

UNA SORDERA PERSISTENTE

Entonces preguntó: -Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Intervino Pedro y le dijo: -Tú eres el Mesías. Pero él les conminó a que no dijeran nada a nadie.

Persistente la sordera de Pedro y los discípulos. A pesar de la insistencia de Jesús, siguen pensando que *lo que se ha dicho siempre* es lo único que vale. Por eso Jesús les manda callar. No basta con que afirmen que Jesús es el Mesías, porque, como se verá en seguida, el mesías de Pedro no es el Mesías de Dios, sino el de los hombres.

En el mesías tenían puesta su esperanza los *patriotas* israelitas para alcanzar la liberación de su pueblo. Pero no era ése el mesías de Dios. Y no porque a Dios no le importara la liberación de su pueblo: él había dejado claro a lo largo de la historia que estaba en favor de la libertad de los hombres y de los pueblos. Pero había llegado ya la hora de todos los hombres, de todos los pueblos. Para los discípulos de Jesús, en cambio, la liberación que Dios ofrecía de nuevo debía ser, creían, sólo para ellos.

Todavía no habían descubierto, ni ellos ni quienes compartían su mentalidad, que el proyecto de Jesús es algo totalmente nuevo y que supone una ruptura radical con cualquier actitud excluyente, y a pesar de que Jesús les ha *limpiado* ya los oídos, siguen sin entender su mensaje. ¡No hay peor sordo que el que no quiere oír!

EL CAMINO DEL MESÍAS

Empezó a enseñarles que el Hombre tenía que padecer mucho, ser rechazado por los senadores, los sumos sacerdotes y los letrados, sufrir la muerte y, a los tres días, resucitar... Entonces Pedro lo tomó consigo y empezó a increparlo.

Por eso a Pedro le parece una barbaridad que Jesús diga que va a ser rechazado, perseguido y llevado a la muerte por los dirigentes del pueblo, senadores, sumos sacerdotes y letrados. No es ése el camino que debía seguir el mesías según las tradiciones que ellos habían recibido; al contrario: el camino del descendiente de David debía ser el del triunfo y la gloria para sí y para el pueblo que Dios se había elegido en propiedad.

El hijo de David (esperanza en un descendiente de David que devolvería a su nación el antiguo esplendor) no deja sitio para el Hijo del Hombre. La mentalidad nacionalista de los discípulos de Jesús excluye la idea de un Dios que no se dedica a justificar el dominio de unos pueblos a otros, sino que ofrece a todos la posibilidad de vivir como hermanos. Por eso Pedro no entiende otro camino que el de la conquista del poder, el del éxito, el de la gloria humana y no entiende que la muerte por amor no es una derrota, no es muerte definitiva. Por eso el anuncio de la muerte suena tan fuerte y tan mal a sus oídos que le impide escuchar las palabras que se refieren a la resurrección.

SATANAS: ENEMIGO DEL HOMBRE

El se volvió, y de cara a sus discípulos, increpó a Pedro, diciéndole:

¡Quitare de mi vista, Satanás! Porque tu idea no es la de Dios, sino la humana.

El amor por «lo suyo» convierte a Pedro en enemigo del hombre (Satanás no aparece nunca en la Biblia como el adversario de Dios, sino como el acusador, el adversario o el enemigo del hombre). Y precisamente porque su «idea no es la de Dios, sino la humana».

Parece una contradicción: la idea de Dios es más favorable a los hombres que la idea de los hombres mismos. Lo que Dios quiere para el hombre es mejor que lo que los hombres esperan de él, mejor que lo que los hombres quieren para sus semejantes. Pero a nadie debe resultarles extraño: basta ver la historia de la humanidad para comprender que los hombres, *dejados de la mano de Dios* (porque los hombres se han soltado, no porque Dios se haya despreocupado de sus criaturas), no producen otra cosa que muerte y destrucción.

SI UNO QUIERE VENIRSE...

Convocando a la multitud con sus discípulos, les dijo: Si uno quiere venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y entonces me siga; porque el que quiera poner a salvo su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por causa mía y de la buena noticia, la pondrá a salvo.

Por eso, para que la vida sea posible en el mundo de los hombres, hay que romper con ese mundo tan mal organizado que los hombres se han dado; por eso, para defender la vida de verdad, no hay otro camino que el camino del Mesías: la entrega de la propia vida por amor... y hasta la muerte, si es necesario, dispuestos a ser

considerados reos de muerte ("... que cargue con su cruz...") por los que se empeñan en mantener un mundo en el que sólo unos pocos viven mientras que los demás malviven. En medio de ese mundo en el que cada cual va *a lo suyo*, intentar defender ante todo la *propia* vida sólo lleva a la muerte; poner en práctica la Buena Noticia, eso es, intentar construir un mundo en el que todos los hombres tengan la posibilidad de ser felices, es la única garantía de una vida definitiva, que no se acaba nunca.

Y, ¡joj!, que no se trata de que para conseguir la *vida eterna* haya que sufrir: *que Dios no nos pide sufrimientos para darnos como premio la vida eterna*; lo que Jesús nos dice de parte de Dios es que el egoísmo lleva a la muerte. Y que sólo el amor es garantía de vida... aquí y luego.

COMENTARIO 2

v. 27 *Salió Jesús con sus discípulos para las aldeas de Cesarea de Filipo. En el camino les hizo esta pregunta: «¿Quién dice la gente que soy yo?».*

Reaparece el nombre de Jesús, que no se había mencionado desde 6,30, cuando la vuelta de los enviados, lo que sitúa la narración en un terreno más cercano a la historia. La escena se desarrolla en territorio pagano, donde los discípulos pueden estar más libres de la presión ideológica de su sociedad, en particular de los fariseos, y se plantea en ella la cuestión de la identidad de Jesús (4,41; 6,14-16). Las dos preguntas que Jesús hace a los discípulos corresponden a los dos momentos de la curación del ciego (8,24.27). En primer lugar les pregunta cuál es la opinión de la gente (*los hombres*) sobre su persona.

v. 28 *Ellos le contestaron: «Juan Bautista; otros, Elías; otros, en cambio, uno de los profetas».*

La gente adicta al sistema judío sigue teniendo las mismas opiniones sobre Jesús que aparecieron después del envío de los discípulos: lo identifica con figuras del pasado (*Juan Bautista, Elías, un profeta*) (cf 6,14-16), con personajes reformistas, pero cuyo mensaje no realiza la expectativa que el pueblo ha ido acumulando a lo largo de su historia; la gente lo juzga positivamente, pero lo que han aprendido del Mesías les impide identificarlo con Jesús. Son gente adoctrinada por la institución judía y su opinión permanece inmóvil. Las señales mesiánicas que Jesús ha dado en los episodios de los panes no han tenido repercusión en ellos.

v. 29 *Entonces él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Respondió Pedro así «Tú eres el Mesías».*

La segunda pregunta de Jesús, la decisiva, pretende averiguar si los discípulos continúan aún en la misma mentalidad de «los hombres» o si han comprendido las señales. Espera una respuesta distinta de la de la gente común. Pedro, por propia iniciativa, se hace portavoz del grupo (cf. 1,36). Su respuesta es clara: *Tú eres el Mesías*.

v. 30 *Pero él les conminó a que no lo dijeran a nadie.*

Esta declaración, sin embargo, no es aceptada por Jesús: *el Mesías*. Esta palabra aparece con artículo determinado aludiendo al mesías de la expectación popular nacionalista, en concreto la del «Mesías hijo de David» (cf. 12,35-37) (recuérdese el título del evangelio, 1,1: «Jesús, Mesías Hijo de Dios»). Los discípulos han sobrepasado la opinión popular sobre Jesús y comprenden que inaugura una nueva época, la mesiánica, la del reinado de Dios, pero mezclan ese conocimiento con la concepción mesiánica nacionalista; en realidad, a pesar del esfuerzo de Jesús, no acaban de salir de «la aldea» (8,26). Por eso Jesús *les conmina*, como había hecho con los espíritus inmundos que lo habían reconocido como «el Consagrado por Dios»

(1,24) o «el Hijo de Dios» (3,12), títulos equivalentes al de Mesías. La declaración que ha hecho Pedro es tan poco aceptable como aquéllas y Jesús no quiere que difundan esa opinión sobre él, pues podría suscitar un entusiasmo mesiánico falso.

Mc pone de relieve la resistencia de los discípulos (los Doce: seguidores procedentes del judaísmo) al universalismo del mensaje (4,11: «el secreto del Reino»), debido a su nacionalismo exclusivista. Es evidente el conflicto entre dos programas mesiánicos: el de los discípulos y el de Jesús.

v. 31 *Empezó a enseñarles que el Hijo del hombre tenía que padecer mucho, siendo rechazado por los senadores, los sumos sacerdotes y los letrados y sufriendo la muerte, y que, a los tres días, tenía que resucitar.*

La frase *empezó a enseñarles* (proponer el mensaje tomando pie del AT) queda completada por la que sigue al dicho de Jesús: «exponía el mensaje abiertamente» (32). Son las mismas que abrían y cerraban la enseñanza en parábolas a la multitud (4,2.33). Esta enseñanza (por primera vez a ellos) muestra que su incomprensión es tal, que se encuentran al nivel «de los de fuera» (4,11); Jesús continúa la explicación que tuvo que darles después de aquel discurso (4,34); hasta ahora, todos sus esfuerzos por hacerlos comprender han sido vanos.

El contenido del dicho de Jesús corresponde, por tanto, al «secreto del Reino» expuesto en aquel discurso mediante las dos parábolas finales: en el plano individual, lo que constituye al seguidor es la disposición a la entrega (4,26-29); en el plano social, la nueva comunidad universal no tendrá rasgos de esplendor y grandeza, pero ofrecerá acogida a todos los hombres que aspiren a la plenitud (4,30-32). El éxito de la persona y del mensaje depende de la calidad de la entrega.

Siendo enseñanza, no se trata de dar mera información, sino de comunicar un saber que el discípulo debe aplicar a su propia vida y conducta.

Para aclarar a los discípulos la índole de su mesianismo, Jesús sustituye el término «Mesías», perteneciente a la tradición judía, por *el Hijo del hombre*, de alcance universal, cuyas características han sido ya expuestas en el evangelio (2,10; 2,28): siendo portador del Espíritu de Dios (1,10), posee la condición divina, cima del desarrollo humano; su misión, ejercida con independencia de normas o leyes religiosas (2,28), es la de comunicar vida a los hombres, liberándolos de su pasado pecador (2,3-13). Pero la denominación «el Hijo del hombre», aunque designa primordialmente a Jesús, el prototipo de Hombre, se aplica, por extensión, a los que de él reciben el Espíritu y siguen su camino; el dicho siguiente implica, por tanto, que lo que se afirma de Jesús afecta, en su medida, a todos sus seguidores.

Ahora bien, el destino de «el Hijo del hombre», portador del Espíritu, que constituye su ser e informa su actividad, tiene dos fases: padecer-morir y resucitar. Su actividad en favor de los hombres, en particular de los más oprimidos por el sistema religioso judío, suscita inevitablemente (*tiene que*) la hostilidad de los círculos de poder de ese sistema, que se oponen al desarrollo humano. Por eso ha de *padecer mucho*, frase que comprende desde el rechazo inicial por parte de las autoridades (*ser rechazado*) hasta su acto final (*sufrir la muerte*); las tres categorías que componen el Sanedrín judío, *senadores* (poder económico-político), *sumos sacerdotes* (poder religioso-político), *letrados* (poder ideológico), considerarán intolerable su actividad. Es la reacción inevitable de un sistema social injusto al mensaje de Jesús. Pero la muerte del Hijo del hombre no será definitiva: la vida indestructible del Espíritu triunfará sobre ella (*al tercer día resucitar*, cf. Os 6,2).

v. 32 *Y exponía el mensaje abiertamente. Entonces Pedro lo tomó consigo y empezó a conminarle.*

Les exponía el mensaje, como antes a la multitud, pero abiertamente, sin parábolas (4,33). La reacción es inmediata: Pedro, que se hace de nuevo portavoz del grupo de discípulos (8,29), conmina a Jesús, como antes éste había conminado al grupo (8,30), es decir, considera que su concepto de Mesías rechazado y sujeto a la muerte es contrario al plan de Dios; lo anunciado por Jesús significa para Pedro el fracaso de todas sus aspiraciones; reafirma su idea de un Mesías poderoso y triunfador.

v. 33 *El se volvió y, de cara a sus discípulos, conminó a Pedro diciéndole: «¡Ponte detrás de mí, Satanás!, porque tu idea no es la de Dios, sino la humana».*

Jesús, *de cara a sus discípulos*, a los que Pedro representa, conmina a su vez a Pedro: lo identifica con Satanás, el tentador, el enemigo del hombre y de Dios (1,13); *la idea humana / de los hombres* es la de la tradición farisea y rabínica (7,8), la de los que «no ven ni oyen» (8,24.27), opuesta a *la de Dios*. Se enfrentan dos mesianismos: el del Mesías Hijo de Dios (1,1; 14,61s), que se entrega por la humanidad (1,9-11), y el del Mesías hijo, sucesor de David (10,47.48; 12,35-37), victorioso y restaurador de Israel. De nuevo se presenta a Jesús la tentación del poder dominador (1,13.24.34; 3,11; 8,11), esta vez por parte de sus discípulos mismos.

Jesús pone en su sitio a Pedro (*ponte detrás de mí*) porque el seguidor pretendía ser seguido por Jesús.

COMENTARIO 3

Cuando los cristianos se propusieron la transformación del mundo esclavista, inhumano y violento que había impuesto el imperio romano, no comenzaron su labor apelando al hambre de la gente, ni a sus deseos de «acabar con los opresores romanos», sino que apelaron a la conciencia. En efecto, los discursos que prometen remediar el hambre, sólo son efectivos en la medida en que la carencia, la desprotección y el abandono son vistos como injusticias. De lo contrario, no pasan de ser una búsqueda de satisfacciones inmediatas y poco duraderas. Lo mismo ocurre con el deseo de derrocar a los poderosos del imperio y colocar allí a la gente del pueblo. Al poco tiempo, los líderes se llenan de ambiciones y se convierten en tiranos implacables. La única alternativa que queda y de la cual nos habla la carta de Santiago, es la frágil dignidad humana. Si la comunidad no está dispuesta a transformar en su interior toda esa realidad de muerte, miseria y marginación, es inútil que se proponga transformarla afuera. La solidaridad de la comunidad no sólo es un camino para remediar la injusticia en «pequeña escala», es una alternativa de vida. La solidaridad de una comunidad nos permite descubrir que «otro mundo es posible» y que el destino no está atado a la destrucción y la barbarie. La fe cristiana no es tal si se contenta con mirar, desde la barrera, el circo en el que mueren tantas personas inocentes

El profeta Isaías nos enseña que el camino de la justicia, de la misericordia y la solidaridad no es un idílico sendero tapizado de rosas. La persona que opta por la verdad y la equidad debe prepararse al rechazo más rotundo e, incluso, a una muerte ignominiosa. Esto puede sonar un poco «patético», sin embargo, basta leer cualquier página del evangelio para verificar que ésta es la realidad de Jesús, su opción y su camino.

El camino a Jerusalén estaba plagado de dificultades, incertidumbres y ambigüedades. Una de ellas, era la incapacidad del grupo de discípulos para reconocer la identidad de Jesús. Aunque él había demostrado a lo largo del camino que su interés no era el poder, en todas sus variedades, sino el servicio, en todas sus posibilidades, sin embargo, los seguidores se empeñaban en hacerse una imagen triunfalista de su Maestro. Jesús, entonces, debe recurrir a duras palabras para poner en evidencia la falta de visión de quienes lo seguían. Pedro, Juan y Santiago, líderes del grupo de

Galilea, siguen aferrados a la ideología del caudillo nacionalista o del místico líder religioso y no descubren en Jesús al «siervo sufriente» que anunció el profeta Isaías.

Este episodio marca el centro del evangelio de Marcos y es el punto de quiebre en el cual el camino de Jesús sorprende a sus seguidores. Ninguno está de acuerdo con él, aunque él esté realizando la voluntad del Padre. En medio de esta crisis del grupo de discípulos, Jesús decide continuar el camino y tratar de enderezar la mentalidad de sus discípulos, torcida por las ideologías sectarias y triunfalistas.

El anuncio que Jesús hace de las dificultades que van a venir, la «Pasión», la «Cruz», debe ser tomada siempre como una consecuencia inevitable, no como algo buscado... Jesús no buscó la Cruz, ni debemos buscarla nosotros... Véase el amplio comentario al respecto que hicimos el pasado día 14, en la Fiesta de la «exaltación» de la Cruz.

COMENTARIO EN EL DÍA DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ:

Jueves 14 de septiembre de 2006
Exaltación de la Cruz

Números 21,4b-9: Miraban a la serpiente de bronce y quedaban curados

Sal 77: No olvidéis las acciones del Señor.

Flp 2, 6-11: Himno cristológico de Filipenses

Jn 3, 13-17: Tiene que ser elevado el Hijo del hombre

Estamos en la fiesta de la «Exaltación» de la Santa Cruz. Se trata de ese signo que identifica al cristianismo mundialmente, como la media luna identifica al islam o la estrella de seis puntas formada por dos triángulos equiláteros significa al judaísmo.

Dentro de la mentalidad mágica, la cruz ha tenido en la historia casi tanto valor como el Cristo que en ella fue crucificado. «La señal de la cruz» ha espantado al demonio, ha alejado las maldiciones, ha «persignado» a todos los devotos, ha sido trazada millones de veces en el aire derramando bendiciones benefactoras.

En la religiosidad popular, Cristo ha sido sobre todo el sufriente, el condenado, azotado, crucificado, varón de dolores, muerto entre sufrimientos insoportables. La cruz ha sido el signo del dolor, tanto del de Cristo como del universal. Para los cristianos, el sufrimiento de Cristo tiene referencia universal.

La inevitable dimensión dolorista de la cruz, hace que su «exaltación» no deje de implicar problemas. Algunos agentes de pastoral, con frecuencia, tratan de obviarlos evadiéndolos, no refiriéndolos, mirando hacia otra parte, hablando de otra cosa. No siempre este método evasivo es el mejor servicio que se puede hacer al pueblo cristiano. Creemos que es mejor afrontar los problemas de frente y ponerles nombre y límites. Es lo que vamos a tratar de hacer.

El primer gran peligro es esa misma «exaltación» de la cruz, por lo que pueda tener de exaltación del sufrimiento por el sufrimiento, como si tuviera un valor cristiano por sí mismo. Aún se conserva una imagen de Dios dolorista y amante del sufrimiento, que parece alegrarse cuando ve sufrir, o que sólo le da su gracia o su benevolencia al ser humano a cambio de sufrimiento. Muchas promesas, «mandas», de la religiosidad popular se hacen sobre ese esquema: yo me sacrifico, le ofrezco a Dios un daño que me hago a mí mismo, como «un pago dado a él a cambio del favor solicitado»... Este Dios ante el que lo que vale y lo que le agrada es el sufrimiento no es un Dios cristiano; la exaltación de una cruz que incluyera una imagen de Dios así no sería una exaltación cristiana.

Es un gravísimo problema esa teología que aún está ahí, según la cual Dios envió a su Hijo al mundo a sufrir, a sufrir horrorosamente (véase el texto de SESBOÛÉ que se

propone más abajo), porque Él sería el único capaz de ofrecer una reparación infinita a la dignidad de Dios ofendida por el ser humano en un «pecado original» (que históricamente no tuvo lugar)··· Sin fundamento real en el evangelio, esta teología apareció con el paso de los primeros siglos, y fue san Anselmo de Canterbury (siglo XI) quien le dio la configuración con que ha llegado hasta nosotros mismos en los catecismos infantiles. Es la visión clásica de la «redención», la muerte de Jesús en la cruz redentora, que «paga» con su sufrimiento al Padre para que éste acceda a restablecer el buen orden de sus relaciones con la Humanidad. Estrechamente unido a esta teología está el «sacrificio» de Cristo en la Cruz. Una teología que, por una parte, hoy día evidencia una imagen de Dios que resulta inaceptable. Por otra se trata de una teología que aún figura –inexplicablemente– en los documentos oficiales... Celebrar la Exaltación de la Santa Cruz sin abordar estos problemas puede ser más cómodo, pero no más sincero ni más provechoso o pedagógico.

La cruz de Cristo no debiera ser utilizada como símbolo de todo aquello que en nuestra vida humana hay de limitación estructural, de finitud natural. Esta es una dimensión natural de nuestra vida humana («las cruces de la vida»), y la cruz de Cristo no tiene nada de «natural», sino que todo lo tiene de «histórico». En la cruz de Cristo –si no queremos caer en mixtificaciones– no entran sus dificultades y limitaciones humanas, ni las nuestras: enfermedades, limitaciones, accidentes ni la mala suerte. Eso no es la cruz de Cristo, sino avatares y peculiaridades de la vida humana, que hay que saber llevar y sobrellevar con gracia y con buen talante.

La cruz de Cristo no fue un «designio de Dios», sino un designio muy humano. Jesús, por su parte, tampoco buscó la cruz: «Pase de mí este cáliz», y nunca deberá ser buscada la cruz, por sí misma, por parte de sus discípulos. Aquel «Ave Crux, Spes única!» («¡Salve, Cruz, esperanza única!») del adagio clásico, hay que tomarlo con muchas «cauteladas» en la forma de entenderlo. Ni Dios, ni Cristo, ni nosotros debemos «amar la cruz», sino, al contrario, debemos «combatirla». La tarea del cristiano, como la de Jesús, es combatir la cruz, liberar del sufrimiento al ser humano, «hacer todo el bien que se pueda», como decíamos comentando el evangelio del domingo pasado. Claro que, al luchar contra la cruz ocurre que se levanta la animosidad de los que están interesados egoísticamente en los mecanismos de opresión, personas y estructuras que impondrán una cruz sobre quienes luchan por liberar al ser humano de toda cruz. Otro adagio más moderno y más correcto dice: «Busca la Verdad, la Cruz ya te la pondrán». No hay que buscar la cruz, aunque no hay que retroceder un milímetro en la Verdad y en la lucha por la Justicia, por el miedo a la cruz que nos impondrán···

En definitiva, lo que necesitamos exaltar no es la cruz, sino el coraje de Jesús, que optó por el Reino y por el amor sin temor a la cruz que estaba seguro y previó que le iban a imponer. La exaltación de la fidelidad de Jesús a la Causa del Reino es el verdadero contenido de esta fiesta.

Algunas personas se asustan cuando se hacen estas relecturas críticas. Les parece una actitud negativista.... Prefieren que se hable sólo de lo positivo, y que lo demás quede sobreesido, como superado por el olvido··· No compartimos esa opinión. Estamos en un momento de transición teológica, una transición que se hace lenta por causa precisamente de esa falta de sentido crítico en la teología y en la homilética. Si los predicadores (y los grupos de formación cristianos) asumieran como tarea habitual la de hacer la digestión crítica de todo el pensamiento que aún lastra al cristianismo, sin duda que estaríamos en condiciones de dialogar mejor con el mundo actual. Por otra parte, toda renovación del pensamiento y de la vida necesita de un momento de «destrucción», sin el cual, frecuentemente, no es posible una verdadera renovación.

Para la revisión de vida

-¿Busco la verdad a toda costa, sin acobardarme ante la posibilidad de que me pongan la cruz?

-¿Acepto las cruces (históricas, no naturales) que ya cargo? (Enumerarlas, revisarlas pormenorizadamente ante mí mismo).

-Cristo, en su solidaridad con la humanidad, se "despoja" de su rango divino y toma la condición de esclavo. ¿Qué dice este gesto de Jesús a mi nivel de vida? ¿Hasta dónde llega mi solidaridad con los pobres? ¿De qué debo despojarme para ser solidario con la humanidad doliente?

Para la reunión de grupo

- Para este tema de la cruz, recomendamos especialmente:

- "¿Cómo predicar hoy la cruz de nuestro Señor Jesucristo?", de Leonardo Boff, en "Pasión de Cristo, pasión del mundo" (ediciones en Sal Terrae de España, Indoamerican Press de Bogotá 1978, traducción portuguesa en Vozes de Petrópolis 1977). Es un texto corto que se presta muy bien para una reunión de estudio o reflexión del grupo bíblico o de toda la comunidad. Disponible en <http://www.servicioskoinonia.org/relat/217.htm>

- Para tomar conciencia de las exageraciones que se han dicho en torno a este tema de la cruz en la historia del cristianismo, ver el estudio de SESBOÛÉ «Un florilegio sombrío», en <http://www.servicioskoinonia.org/relat/333.htm>